

EL SEGUNDO SEXO (*)

«Eva, qui donc es-tu?
Sais-tu bien ta nature?»
(Vigny)

EL FEMINISMO.

Entre los problemas candentes de actualidad social uno de los principales es este del «femenismo» que está librando y ganando las mejores batallas de su historia. Ya es mucho que, entre la última década del pasado siglo y las dos primeras de la actual, consiguiesen las mujeres respecto del hombre una casi absoluta igualdad jurídica, en algunas naciones completa y sin necesidad de grandes esfuerzos. Pero es que el movimiento no tiene límites. Como una pleamar incontenible y amenazadora, el sexo débil invade en masa todo lo que hasta ahora había sido patrimonio casi exclusivo del sexo fuerte. Ya incluso entra con brío por las tierras del Islam. Varias ligas femeninas cairotas como la «Unión Hija del Nilo», «El Partido Feminista» y otras, tienen montado en nuestros días una máquina publicitaria que no tendría gran cosa que envidiar a las mismas americanas. No se les presenta fácil, sin embargo, la tarea a las mujeres islámicas, a pesar de lo justísimas y comedidas que son, por ahora, sus reivindicaciones principales, como la de abolición de la poligamia y la limitación de los derechos del divorcio.

En Francia, país que con la «Revolución» dió origen hace 150 años al movimiento feminista, de una manera orgánica, ha aparecido también en los primeros días del pasado año una obra feminista a la que vale la pena prestar alguna atención, siquiera sea por tratarse de una obra existencialista. ¡Está tan de moda esto del existencialismo! Sobre todo en los países latinos, donde se ve que por días gana terreno después de la segunda guerra mundial.

Voy a dedicar estas páginas a comentar, de cerca o de lejos, en serio o en broma, algunos de los problemas que presenta la señora Simone de Beauvoir en su reciente obra «Le deuxième sexe», salida de las prensas francesas hace poco más de un año.

¿HAY PROBLEMA? ¿ACASO HAY MUJER?

«D'ailleurs y a-t-il un problème?... Y a-t-il même des femmes?», se pregunta la señora Beauvoir en las primeras páginas de su obra. Y en la introducción al libro segundo añade: «Las

(*) BEAUVOIR, S. DE: *Le deuxième sexe* (París, 1951).

mujeres de hoy están en camino de destronar el mito de la feminidad». «La femme se perd, la femme est perdue».

Con estas citas se divisa ya lo fundamental de la posición que adopta la autora en su obra. Duda de que existan mujeres. La división de las especies en 2 sexos: el masculino y el femenino, no le satisface. La mujer no es una raza dentro de la especie; y menos aún una raza inferior a la del hombre. Su estado en el transcurso de toda la historia ha sido de inferioridad manifiesta, de esclavitud, de servidumbre, y en el mejor de los casos de tutela: indigna tutela que no sirve más que para coartar su acción bajo las apariencias de un falso proteccionismo de la debilidad. La mujer no es algo distinto del hombre por naturaleza: se la hace mujer, deviene mujer. Ningún destino biológico, psíquico, económico o social define la figura que reviste en el seno de la sociedad la mujer humana. El conceptualismo pierde terreno; las ciencias biológicas y sociales no creen en la existencia de entidades inmutablemente fijas que definirán unos caracteres dados, tales como el de mujeres y hombres, judíos y cristianos, blancos y negros. Las ciencias modernas consideran el carácter como *una reacción secundaria a una situación*. Esto viene a ser lo que dice el existencialismo, como veremos. No conviene olvidar la última a manera de definición citada. Queda clara la postura de la señora Beauvoir. No hay mujeres, ni las ha habido nunca. Las mujeres no son un producto de la naturaleza, sino obra del «otro»; el otro es el hombre. El hombre, por violencia o por contrato, decidió hacer dos secciones en la especie humana, desde tiempo inmemorable: la dominadora y la dominada. Compte no está de acuerdo con estas explicaciones. Y como Compte, muchos más, y entre ellos Alexis Carrel, coinciden poco más o menos en decir que unas diferencias radicales, físicas y morales, dividen a todas las especies y sobre todo a la especie humana en dos mitades; y tales diferencias se basan en la diversa constitución sexual.

Todos sabemos que siempre ha habido dos sexos. La autora del «segundo sexo», en cambio, no lo cree así. «La femme se perd, la femme est perdue». El conceptualismo ha perdido terreno. El nominalismo es una doctrina un poco corta. Hombre y mujer no son sino nombres que la misma autora seguirá usando en toda la obra pero sólo por comodidad. La mujer no es tal por esencia sino por su situación. Por el contacto con el «otro» se ha convertido en mujer; pero no es que fuera mujer por esencia, «a nativitate».

ALGUNOS PRECEDENTES Y UNA POSICION.

Ya sabemos lo que dice la señora Beauvoir. Ahora veamos si esto es un decir. Si lo dice ella y nada más, o si hay unos precedentes en que se basa, cuántos y cuáles.

La historia del feminismo no tiene orígenes remotos. La Revolución francesa con su lema «libertad, igualdad, fraternidad» marca el punto de partida más firme y orgánico. El lema fué concebido en principio para alzar la condición del proletariado, no para librar a la mujer de su eterno vasallaje; pero ella aprovechó entonces la ocasión e hizo sus primeros pinitos independentistas; sin embargo, el resultado de estos primeros intentos si nos atenemos a la apreciación de la señora Beauvoir fué casi nulo. Históricamente, el movimiento feminista, ¿cuándo ha recibido un apoyo decisivo? «El advenimiento del maquinismo, arruina la propiedad privada, provoca la emancipación de la clase trabajadora y correlativamente la de las mujeres. Todo socialismo arrancando a la mujer de la familia favorece su liberación»; «es a la propiedad privada a la que está ligada la suerte de la mujer a través de los siglos»; «la suerte de las mujeres y la del socialismo están íntimamente ligadas».

Ya vemos por estas citas cuál es la base principal, el predecapital en que se apoya la autora de «Le deuxième sexe». Sin el advenimiento del socialismo, nunca la mujer hubiera recobrado su dignidad de ser humano. Al menos así lo quiere propagar el socialismo y así lo afirma la señora Beauvoir, aunque la realidad sea muy otra. Pues si el feminismo al aliarse a políticas izquierdistas ha cobrado fuerzas ilimitadas, no hay que olvidar que ello ha sido a costa de su desvirtuamiento esencial. Nada tiene de censurable el movimiento feminista con tal de que sea bien entendido y con ciertas limitaciones; no sólo no es censurable, sino que hay que admitir como un reajuste necesario con la realidad la toma de conciencia por parte de la mujer de su propia dignidad como ser humano. La reivindicación de sus derechos como sujeto plenamente capaz es la mejor muestra, y uno de los más brillantes exponentes, del progreso de nuestra civilización. La esclavitud de la mujer se pierde en los tiempos de la barbarie. El nivel de las libertades que los pueblos son capaces de recibir y usar bien marca el de su adelanto en la evolución general de la humanidad hacia el ideal de la sociedad.

Engels se ciñe a declarar que la comunidad socialista abolirá las familias, pero suprimir las familias es cosa completamente distinta de liberar a la mujer. El caso de Esparta y el del régimen nazi son ejemplos que la misma autora tiene el acierto de recordar. Ni en Esparta ni en la Alemania Nazi, quedó la mujer más libre de las opresiones del hombre por el mero hecho de quedar directamente ligada al Estado.

En 1879 el Congreso socialista proclamó solemnemente la igualdad de los sexos. De entonces data la alianza feminismo-socialismo. Según el artículo 122 de la constitución de 1936: «En la U. R. S. S. la mujer goza de los mismos derechos que el hombre en todos los dominios de la vida». Parece como si allí

no hubiera ya más hombres y mujeres, sino solamente *trabajadores iguales entre sí*. Sin embargo, recientemente, y aunque ello parezca en desacuerdo con los principios aceptados como básicos del régimen soviético en el aspecto que tratamos, las aguas están volviendo a su cauce natural: el mismo régimen está reavivando las tradicionales teorías paternalistas del matrimonio y por uno de sus órganos más autorizados en la materia, la secretaria del Comité Central de la Organización de la Juventud Comunista, Olga Michakova, declara en 1944 que «las mujeres soviéticas deben buscar la manera de hacerse atrayentes».

¡Qué desilusión, para todas aquellas partidarias de un feminismo tan rabioso y necio como el que cifraba sus mejores ilusiones en el advenimiento de la partenogénesis (para las carentes de las más indispensables características de la eterna y pura feminidad) al ver oficialmente confirmada la derrota por su mejor aliado, aquel en que pusieron sus mejores esperanzas! Mal aliado.

El segundo aliado o precedente que busca la autora a su feminismo lo halla en Freud. El existencialismo de Sartre, y de su mejor discípula, está directa y estrechamente ligado al pansexualismo de éste y a los largos análisis de la vida sexual normal y patológica deben tanto él como ella una parte, no escasa ciertamente, de su fama. Estos análisis en la señora Beauvoir adquieren una crudeza tal que nada costaría llamarla grosería. «El valor del freudismo procede de que el existente es un cuerpo —dice la autora—: la manera como él se manifiesta como cuerpo frente a los otros cuerpos traduce concretamente su *situación existencial*».

Realmente, como se ve, estas expresiones tienen una fuerte afinidad con las existencialistas.

No interesa entrar ahora en una crítica de este segundo precedente o aliado del feminismo beauvoiriano. El materialismo histórico, de cuyo intento de plasmación la U. R. S. S. es una triste muestra, ya hemos visto cómo volvía sobre sus pasos espontáneamente.

En cuanto al freudismo, su propio fundador es bien sabido que se desdijo cuando tras sus primeros escritos algunos delataron la obsesión sensual que hacía palpitar todo el sistema; pero aún más clara ha podido verse la reacción por obra de Adler que se ha separado de Freud precisamente por haber comprendido la insuficiencia de un sistema que intenta basar el desenvolvimiento de toda la vida humana sobre la sola sexualidad. Pero traigamos aquí la autorizada palabra de Maritain. El nos dirá mejor que nadie lo que hay de verdad y de falsedad tanto en Freud como en Marx. «Recordemos que en el mismo error de Freud como en el de Marx hay *algo grandioso que lleva al absurdo una verdad capital*». Es un juicio que nada dice que los

mismos partidarios o seguidores de los dos sistemas no hayan confesado antes que él. Claro que Maritain a la hora de la verdad haría una repartición de verdad y falsedad con la que aquellos no quedarían de ninguna manera conformes.

Un tercer precedente o punto de que parte y en que intenta basar su alegado de agrio feminismo la señora Beauvoir es la biología según los adelantos más recientes. Ya quedó dicho cómo el gran Premio Nóbel de medicina Alexis Carrel aboga con todo el peso de su persona en el bando contrario. Pero pasemos, después de atender los precedentes, a examinar directamente la posición original de la conocida discípula de Sartre.

«Para descubrir la mujer no rebasaremos ciertas contribuciones de la biología, del psicoanálisis, y del materialismo histórico: pero consideraremos que el cuerpo, la vida sexual, las técnicas no existen concretamente para el hombre sino en tanto que él las toma en la perspectiva global de su existencia».

EL FEMINISMO Y EL EXISTENCIALISMO.

Como se ve, la aspiración de la señora Beauvoir no peca de corta. Intenta nada menos que reabsorber las conclusiones más recientes de las ciencias biológicas, los principios de la escuela freudiana y las tesis socialistas en un punto de vista superior que para ella es el existencialismo.

«Este mundo ha pertenecido a los hombres... y sólo al retomar a la luz de la filosofía existencial los datos de la prehistoria y de la etnografía, podremos comprender cómo se ha establecido la jerarquía de los sexos».

«Le présente enveloppe le passé et dans le passé toute l'histoire a été faite par les mâles», añade en otro lado. Es decir, reconoce la superioridad del hombre en el seno de la familia y de la sociedad en el transcurso de todas las generaciones de que la historia tiene testimonio; y sin embargo, por arte de birlibirloque, quiere hacer variar por completo el orden de cosas que siempre ha sido.

La señora Beauvoir confiesa que ha dudado largamente antes de ponerse a escribir un libro sobre la mujer: «J'ai longtemps hésité à écrire un livre sur la femme», pero lo escribe; y ¡qué libro! y ¡con qué argumentos, con qué bases! Ya las hemos visto. «La querrela del feminismo —dice— ha hecho correr mucha tinta». En la actualidad es cuestión conclusa ya —añade— y me parece que los voluminosos libros que se han publicado sobre la materia en el último siglo han esclarecido poco el problema. Y sin embargo, ante el invariable testimonio de la historia, a pesar de la poca utilidad de tantos libros para remover el estado de cosas, aquí está ella, una existencialista y existencialista sartriana con todo lo que esto añade de significación en el

campo de la moral y de la teología, para solucionar el «eterno problema del feminismo».

El existencialismo como sabemos arranca —y él mismo no lo desconoce, ni lo oculta— de una «*vivencia existencial*». Las guerras que tanto gasto hacen de vidas humanas han hecho al hombre pensar en el hombre y ha nacido el existencialismo. El «conócete a ti mismo» del templo griego que en Carrel, es decir en nuestros días, es todavía la mayor incógnita, es el objeto único de las pesquisas, de los profundos análisis de la propia intimidad que realizan los existencialistas. Toda su filosofía «rezuma siempre —como dice Bochensky— un fuerte sabor de *experiencia personal*».

Y el hombre, de las manos de los existencialistas sale como el único ser existente, que es *echado* al mundo sin esencia determinada y que sólo al encontrarse aquí, empeñado en el tiempo, en ciertas circunstancias y en ciertas situaciones, algunas definitivas e invencibles como el *sexo*, la época, etc., va poniendo en acto, va realizando su esencia de entre el cúmulo de posibilidades que se le abrían en el camino al empezar.

Esta elección libre, pero necesaria, urgente, a Heidegger le hace comprender que la vida no es más que una marcha auténtica hacia la nada y esto le produce el sentimiento de la angustia. A Jaspers le hace percatarse de la íntima fragilidad del ser. Y a Sartre le produce náusea general y repugnancia.

¿Que podría esperarse de un existencialismo francamente ateo, en una versión femenina, que toma por objeto la mujer? Y más concretamente si parte de unos datos científicos que corriendo por caminos casi vírgenes se atreven a sacar conclusiones rotundas sobre un terreno que solo da pie a prudentes hipótesis; si toma por precedentes doctrinas como el freudismo y el materialismo histórico, que ya dan sus pasos atrás, ¿qué se podría esperar de ella?

Toda obra tiene parte buena y parte mala; toda causa tiene razón suficiente, aunque no todas tengan suficiente razón, plena razón en todos sus puntos.

Si quisiéramos hacer una apología de la obra de la señora Beauvoir, sin duda podríamos hacerla, aunque no dijéramos mucho más de lo que dice Bochensky: que es rica en finos análisis psicológicos que saben traducir con elegante estilo y gran riqueza de citas literarias estados anímicos femeninos.

Si tuviéramos que defender la causa del feminismo no tendríamos más que refrescar el estado de indignidad en que ha vivido casi siempre la mujer y enfrentarlo con el altísimo punto en que la coloca la Religión Católica que la hace *compañera del hombre* y no sierva, y Madre de Dios, y que según confesión de la misma autora ha sido siempre el principal paladín y defensor de la mujer.

Pero no se trataba de lo uno ni de lo otro.

JUAN COBOS.